

# El intelectual hereje. La recepción de la obra de Pierre Bourdieu en Cuba

**Marlene Azor Hernández**

Socióloga.

En el transcurso del año 1999, un sociólogo francés me comentó sobre Bourdieu: «Hace diez años dejó de ser un sociólogo para convertirse en un hombre de los mass media». En cambio, otra colega lo alabó por sus posiciones públicas, y lo señaló como uno de los intelectuales más positivos en la Francia de hoy. A todas luces, Pierre Bourdieu es una de las figuras más polémicas del medio intelectual y político francés.

Este texto propone una reflexión sobre el pensamiento de Bourdieu en dos vertientes: a) analizar las posturas intelectuales y políticas del sociólogo que lo afirman en un sentido polémico. Para ello nos valdremos de dos textos suyos: *Contre-feux* (abril de 1998) y *Cosas dichas* (1987); b) exponer las condiciones en las cuales se recepciona su obra en Cuba y la utilización de sus categorías centrales en las investigaciones de los intelectuales cubanos.<sup>1</sup>

Si bien en Cuba la figura del sociólogo francés no se estudia de manera sistemática en la carrera de Sociología de las diferentes universidades, varios profesores y alumnos conocen parte de su obra y utilizan sus esquemas conceptuales en los trabajos de investigación o la docencia. Tal es el caso de los trabajos

de diploma en Sociología, Historia y Letras, realizados por los licenciados Jorge A. Núñez Vega, Héctor Veitia, Alejandro Campos, Mabel Llevat, Boris Nerey y Nivia Brismat, graduados entre 1995 y 1998. En estos textos, los estudiantes utilizaron los conceptos de campo intelectual, habitus, relaciones de autonomía y heteronomía, aplicándolos a estudios institucionales o históricos de una realidad tan diferente a la francesa como la cubana. Lograron mostrar en sus trabajos la fertilidad de tal enfoque.

## La herejía política e intelectual

Al revisar *Contre-feux*, encontramos el tipo de disonancias que Bourdieu propone al debate público en su país y, en general, a nivel europeo. Se trata de un compendio de intervenciones y entrevistas ofrecidas entre los años 1991-1998, con el propósito de elaborar un análisis y una respuesta a la política y al discurso neoliberal. Aquí emerge la reflexión sobre la postura crítica del intelectual en la sociedad contemporánea. El sentido crítico del intelectual se realiza a partir de varias

estrategias que el propio Pierre Bourdieu ofrece a otros intelectuales y sectores sociales. Podrían resumirse como sigue:

- Análisis del resultado de la política neoliberal en Francia para los grupos mayoritarios en cuanto a la precariedad e inseguridad económica, social y política que genera en los trabajadores, empleados o desempleados, nacionales o inmigrantes.
- Deconstrucción del discurso neoliberal, con énfasis en las maneras en que se construye: qué omite, contra quién va dirigido, cómo circula y se convierte en discurso dominante, con su correlativo valor de violencia simbólica.
- Función de la prensa, la televisión y los periodistas en la difusión y manipulación de la opinión pública a favor de la política neoliberal.
- Propuestas de movilización discursiva y práctica para los diversos grupos sociales a escala nacional y europea.

Vale la pena detenerse en cada una de las estrategias, aun cuando todas están fuertemente interrelacionadas. Para describir la situación francesa de los años 90, Bourdieu habla de un ala izquierda y un ala derecha en el Estado francés. La izquierda la constituyen los empleados públicos que resisten la retirada del Estado de los asuntos públicos: asistentes sociales, magistrados de base, profesores y maestros de escuela.

El conjunto de los agentes de los ministerios dizque derrochadores, que son huella, en el seno del Estado, de las luchas sociales del pasado. Ellos se oponen al Estado de la mano derecha [...] los del ministerio de finanzas, de la banca pública y privada, a los gabinetes ministeriales.<sup>2</sup>

El Estado se está retirando de numerosos sectores de la vida social que antes eran de su responsabilidad: la vivienda pública, la televisión y la radio públicas, las escuelas y los hospitales públicos. Esto, afirma Bourdieu, es aún más escandaloso tratándose de un Estado socialista (el gobierno de François Mitterrand).

La crisis de la confianza en el Estado y en el bien público hacen florecer dos situaciones, según Bourdieu: a) en los dirigentes, la corrupción, correlativa al descenso en el respeto de la cosa pública; en los dominados, el crecimiento de la religiosidad personal, asociada a la desesperanza en los recursos temporales; b) los ciudadanos franceses, al sentirse rechazados por el Estado, a su vez lo rechazan y lo tratan como una fuerza extranjera que el ciudadano utiliza de la manera en que mejor sirva a sus intereses.

En relación con los políticos, apunta las consecuencias de la profesionalización de la política, al establecer poco margen a los que aspiren a hacer carrera. Para parecer serio y no pasado de moda, hay que hablar de gestión y nunca de autogestión y, en todo caso, a

nivel de lenguaje dar la apariencia de racionalidad económica. Encerrados en la lógica de la economía en sentido estrecho y de corta vista, a la manera del FMI, todos los semientendidos en materia económica omiten los costos reales —a corto y largo plazo— de la miseria material y moral, consecuencia de la política legitimada solo desde el punto de vista económico: la delincuencia, la criminalidad, el alcoholismo, los accidentes de tránsito, etcétera.

A Pierre Bourdieu se le ataca por no compartir el punto de vista «de todo el mundo»; de ahí su herejía. Defender el regreso a la cosa pública, a la responsabilidad estatal de los dominios sociales en los que se sustentaba el Estado de Bienestar, es andar contra la corriente.

Los agentes constitutivos del «punto de vista de todo el mundo» escriben en los periódicos, los «nuevos intelectuales» crean el clima favorable para la retirada del Estado y, sobre todo, destruyen la noción de responsabilidad colectiva respecto a los accidentes de trabajo, la enfermedad, la miseria. El regreso al individualismo, que deja a la víctima como única responsable de su desgracia, sirve para disminuir las cargas de la empresa.

Bourdieu toma un término de Platón. Llama a estos agentes creadores del «punto de vista de todo el mundo», los doxósofos: los «técnicos de la opinión que se creen sabios» y colocan los problemas de la política en los mismos términos de los hombres de negocios, los políticos y los periodistas, exactamente los que pueden pagarse los sondeos de opinión.<sup>3</sup>

El sociólogo, como el filósofo, se opone al doxósofo porque cuestiona las evidencias y, sobre todo, las presenta bajo la forma de preguntas, las suyas y las de los demás. El doxósofo ve un prejuicio político cuando se rechaza la sumisión profundamente política que implica aceptar inconscientemente los lugares comunes; es decir, las tesis con las que se argumenta, pero sobre las cuales no se argumenta.

A la pregunta de un periodista sobre si pretendía colocar al sociólogo en la plaza del filósofo-rey, como el único capaz de saber dónde están los verdaderos problemas, Bourdieu defendió la posibilidad y la necesidad del intelectual crítico, y la crítica a la doxa intelectual que segregan los técnicos de la opinión.

No hay una verdadera democracia sin verdadero contrapoder político; el intelectual tiene uno y de primer alcance.

Es por lo que considero que el trabajo de demolición del intelectual crítico, muerto o vivo —Marx, Nietzsche, Sartre, Foucault, y algunos que se clasifican bajo la etiqueta del «pensamiento del 68»—, es tan peligroso como la demolición de la cosa pública y se inscribe en la misma empresa global de restauración.<sup>4</sup>

A lo largo del libro, y frente a diferentes auditorios, el sociólogo francés toma ejemplos concretos para explicar sus estrategias. Deconstruye el discurso neoliberal, al analizar una entrevista realizada por un periódico francés al presidente de la banca alemana, M. Hans Tietmeyer. Así descubre las maneras en que se impone: la autoridad de quien habla (un presidente de la banca de uno de los países más poderosos de Europa), lo que se oculta tras el lenguaje del tecnicismo económico; o sea, la competencia y la eficacia se mide a través de la mano de obra más barata y con menos protección social.

El esfuerzo para la eficiencia se pide a los trabajadores; nada se exige a los inversionistas. Para Bourdieu, este discurso no puede circular si no es con una gran cantidad de colaboración-complicidad pasiva de simples ciudadanos, periodistas y políticos.

La crítica a quienes circulan el mensaje neoliberal en los medios de difusión hasta convertirlo en un pensamiento de «sentido común», le valió respuestas de estos, que lo cuestionaron como intelectual.

En una entrevista a Jean Claude Passeron,<sup>5</sup> colaborador de Pierre Bourdieu en varias de sus obras más conocidas —por ejemplo, *El oficio del sociólogo*, *La reproducción*, entre otras—, la estrategia del entrevistador consiste en exaltar la figura de Passeron en detrimento de Bourdieu. El primero se ocupa de las investigaciones concretas, de campo, en tanto Bourdieu se concentra en «los divertimentos mediáticos de la escena parisina». Describe la ruptura de ambos intelectuales para validar la posición de aquel que se dedica a la enseñanza y a la investigación en un trabajo de análisis microsocial, al margen de la escena pública y, por contraste, cuestiona a los intelectuales que se ocupan de los asuntos generales y transgreden los límites de la academia, una clara alusión a Bourdieu.

La ideología del neoliberalismo se cubre de científicismo acudiendo a la economía matemática. La función de los intelectuales es demostrar las intencionalidades, los prejuicios y los supuestos que subyacen en esa operacionalización matemática, porque ya se reconoce que también las llamadas ciencias duras parten de posiciones axiológicas, que deben ser sometidas a evaluación.

La aspiración del sociólogo francés es que los escritores, los artistas, los filósofos y los sabios puedan hacerse escuchar directamente en todos los dominios de la vida pública. Todo el mundo tendrá más ganancias cuando la lógica de la vida intelectual, la de la argumentación y la refutación, se extienda en esos dominios.

Hoy, dice Bourdieu, está la lógica de la política, la de la denuncia y la difamación, la consigna y la falsificación del pensamiento del adversario, que se extiende también a menudo a la vida intelectual. La postura del intelectual que él defiende, nos recuerda el espíritu de la generación

de los 60, que participes o testigos del movimiento estudiantil de finales de esa época, compartían el ideal de Jean Paul Sartre: el intelectual como conciencia crítica en la Francia convulsionada de 1968. Sin embargo, Bourdieu va más allá. La implicación del intelectual en los movimientos sociales está en servir con su conocimiento a los sectores sociales movilizados contra la negación de sus derechos. No es la figura del sabio, poseedor de la única verdad, ante la cual han de plegarse quienes deben luchar por sus propios derechos. Es más bien la del legislador en el Contrato Social de Rousseau: la Asamblea General de los ciudadanos es dueña de la voluntad general. Cuando necesita de conocimientos especializados para tomar decisiones, el legislador es consultado, sin que por ello defina los objetivos o resultados. A diferencia de Weber, Bourdieu interactúa con los sectores sociales fuera del poder. No es la relación del político con el científico, sino la del intelectual con la sociedad civil.

El autor de *Cosas dichas* valida y argumenta por qué el sociólogo de hoy tiene un conocimiento y una manera de apropiarse del entorno social que lo convierte en un especialista privilegiado. Sobre la sociología, dice que su

desgracia es que descubre lo arbitrario, la contingencia allí donde se quiere ver la necesidad, la coacción social, allí donde se querría ver la elección, el libre arbitrio [...] lo que quiere decir que, al historizar, la sociología desnaturaliza, desfataliza. Pero se le reprocha entonces alentar un desencanto cínico [...] La sociología libera, al liberar de la ilusión de la libertad, o más exactamente, de la creencia mal ubicada en las libertades ilusorias [...] [es] un instrumento que permite constituirse verdaderamente —un poco más, en todo caso— como un sujeto libre, al precio de un trabajo de reapropiación.<sup>6</sup>

En este sentido de reapropiación de la realidad social, la perspectiva de la sociología del conocimiento deviene un punto central en la obra de Bourdieu. Se trata no solo de «desencantar al mundo», sino también, y a la vez, de someter a evaluación los propios instrumentos del conocimiento. En esa crítica reflexiva, dirá sobre sí mismo: «Si puedo decir lo que digo hoy, es sin dudas porque no he cesado de utilizar la sociología contra mis determinaciones y mis límites sociales, especialmente para transformar los humores, las simpatías y las antipatías intelectuales que son, creo, tan importantes en las elecciones intelectuales, en proposiciones conscientes y explícitas».<sup>7</sup>

## La obra de Bourdieu y su recepción en Cuba

Instado a autoclasificar su producción intelectual, Bourdieu se declara estructuralista genético: acude al análisis de las estructuras objetivas de los diferentes «campos», unido al de la génesis de las estructuras mentales en el seno de los individuos biológicos,

resultado de la interiorización de las estructuras sociales, pero también de las luchas históricas anteriores.

Es necesario analizar sus categorías centrales de *habitus* y *campo* para entender en qué medida su obra rebasa el análisis estructuralista, en el cual el sujeto es un simple ejecutor de reglas y se convierte en «agente». Esta peculiaridad hace de su obra uno de los intentos recientes de superar algunas de las dicotomías recurrentes en los enfoques sociológicos entre estructura y acción. La guía de su trabajo ha sido trascender la falsa oposición entre objetivismo y subjetivismo, e integrar en un único enfoque la capacidad generadora y las condiciones de posibilidad de los actores y las coacciones que la estructura ejerce sobre ella. Ritzer lo clasifica como estructuralista constructivista.

El constructivismo viene dado por la capacidad de invención e improvisación de los agentes en condiciones objetivas precisas. Por este modo de concebir el carácter activo del agente en las determinaciones sociales, Bourdieu ha sido clasificado, junto a Michael Foucault y otros pensadores, dentro de la corriente posestructuralista.<sup>8</sup>

El origen del concepto de *habitus* de Bourdieu lo sitúa en la tradición aristotélica y tomista, tratado además por fenomenólogos como Husserl, Merleau-Ponty, Heidegger, quienes también, según él, abren la vía a un análisis ni intelectualista ni mecanicista de la relación entre el agente y el mundo.

El *habitus* es el conjunto de disposiciones, capacidades y estructuras mentales socialmente adquiridas que los agentes ponen en práctica con todas las apariencias de una acción racional, pero que no es tal. El sujeto no llega a tener nunca toda la información, todo el tiempo y toda la capacidad de reflexión, para luego actuar. Su acción es el resultado de un «sentido práctico», el conjunto de disposiciones mentales adquiridas en las luchas por una determinada posición dentro de un campo de fuerzas objetivas que son el marco de su práctica y no han sido creadas por su acción específica, sino constituidas colectivamente y en el decursar histórico.

El *habitus* sería el conjunto de prácticas validadas entre los que actúan en un mismo espacio social, dependiendo de la posición que ocupan en él. Es «el ajuste de las disposiciones a la posición, de las esperanzas a las posibilidades».<sup>9</sup>

El campo es el espacio social donde se realiza el *habitus*, la estructura que coacciona y limita las prácticas de los agentes pertenecientes a un mismo campo. Tanto el *habitus* como el campo son categorías sociológicas fabricadas para investigar la complejidad de las sociedades contemporáneas. Según Bourdieu, estas se reproducen en campos que funcionan con una fuerte autonomía; el análisis sociológico debe estudiar la dinámica interna de cada uno (económico, político,

científico, artístico, religioso, etc.). Sus elementos constitutivos son la existencia de un capital común y la lucha de los agentes por su apropiación. Dentro de cada campo específico, existe una relación de fuerzas en el presente, resultado de luchas históricas anteriores. Quienes monopolizan el capital específico de un campo en un momento dado —lo cual es el fundamento del poder o de la autoridad en ese espacio— se inclinan a estrategias de conservación, defienden la ortodoxia frente a los recién llegados, que se inclinarán a utilizar estrategias de subversión. Sin embargo, la lucha se desenvuelve dentro de leyes o reglas inmanentes a lo que está en juego, porque todos los agentes comparten una serie de intereses comunes, más allá de los antagonismos. La inversión de tiempo y esfuerzo para entrar al campo justifica su permanencia, aun si existen revoluciones parciales en su espacio.<sup>10</sup>

Sobre el concepto de clase social, Bourdieu dice:

quise romper con la visión realista que las personas tienen comúnmente de ellas y que conduce a preguntas de esta índole: ¿los intelectuales son burgueses o pequeños burgueses?; es decir, preguntas de límite, de frontera, que se regulan en general por actos jurídicos.<sup>11</sup>

La visión de Bourdieu opera desde la producción simbólica y su consumo. De esta manera, cada agente pertenece a un determinado grupo o fracción de clase, y se podrá comprender la lógica de sus prácticas, sus percepciones sociales y el modo en que ellos mismos se piensan como pertenecientes a un grupo específico.

En la segunda mitad de los años 80, en Cuba se producen cambios facilitadores de la entrada de pensadores occidentales europeos, latinoamericanos y norteamericanos. De una parte, el impacto de la *perestroika* suscita una autorreflexión en todos los ámbitos sociales. Comienza el Proceso de rectificación, que lanza una mirada crítica hacia la década anterior. A nivel discursivo, se hace un llamado a rescatar los principios éticos, políticos y económicos de la década de los 60, etapa en la cual la experimentación, el factor conciencia y las movilizaciones masivas en la producción y la defensa constituían rasgos sobresalientes, además de la conciencia de la originalidad de la Revolución como valor específico del proceso cubano, para tomar distancia de las transformaciones que estaban ocurriendo en el antiguo campo socialista.

En el campo intelectual —filosófico, artístico, de las ciencias sociales— también ocurren cambios, pero en direcciones diferentes. La producción artística, específicamente las artes plásticas, se ve beneficiada en actualización y apertura hacia el exterior, debido a la política de las instituciones, en especial del Ministerio de Cultura, encargadas de atender el desarrollo de las artes plásticas en el país. Desde los inicios de los años 80, se verifica, de manera inusual, la inserción de

especialistas de arte y creadores en las instancias del Ministerio directamente relacionadas con su producción, validación y comercialización. Esto hace que profesionales y estudiantes del sector se interesen, informen y experimenten las técnicas de producción del arte vigentes en Europa y los Estados Unidos, sin prejuicio de sus orígenes y con la intención de asimilarlas en la cultura cubana.<sup>12</sup>

La legitimación, desde el Estado, de los especialistas de arte y de los creadores más informados sobre las tendencias artísticas y la teoría cultural que se debaten a nivel internacional —porque es un interés institucional que el arte cubano compita y logre un espacio fuera de Cuba—, favorece la entrada de esta reflexión en parte de la academia (Instituto Superior de Arte y Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana), donde algunos se desempeñan como profesores. Desde el punto de vista institucional, esta es la puerta de entrada a la obra de Pierre Bourdieu.

En la segunda mitad de los 80, los eventos teóricos sobre la creación artística tuvieron un amplio poder de convocatoria, un fenómeno inexistente en los años 70 y los 90. Relacionados con la temática de la cultura en sentido estrecho, se debatían problemas filosóficos y sociológicos vinculados a ella. Así entra en debate la corriente posmodernista, con sus criterios estéticos sobre el arte, pero también la producción filosófica y sociológica posestructuralista, analizando la producción simbólica y las relaciones de poder, las influencias del mercado y del tipo de consumo que alienta, como factores decisivos para la consagración de la obra de arte, temáticas todas presentes en la obra de Bourdieu.

La mayoría de los textos del sociólogo francés que circularon por esa época entre los intelectuales cubanos no se han publicado en el país. De acuerdo con la información con que contamos, solo ha sido publicado el artículo titulado «El campo literario. Requisitos críticos y principios de método», por la revista *Criterios*.<sup>13</sup>

Sin embargo, a fines de los años 80 e inicios de los 90, a través de especialistas y artistas plásticos que viajaron al exterior, llegaron fotocopias y libros donde se incluía algún trabajo de Bourdieu, o una obra directamente suya. Por intercambios profesionales personales o donaciones específicas a alguna biblioteca de La Habana, hoy se pueden localizar en Cuba *El oficio del sociólogo*, *Los estudiantes y la cultura*, *La reproducción*, *Sociología y cultura* (traducción de *Questions de Sociologie*), la compilación *Sociología del arte*, de Silberman y otros, con un trabajo de Pierre Bourdieu, y la compilación de Jean Pouillon *Problemas del estructuralismo*, con un artículo de Bourdieu.<sup>14</sup> Más recientemente, *Cosas dichas y Contre-feux*.

En el campo de las ciencias sociales cubanas, Pierre Bourdieu comienza a utilizarse en los años 90. Como antecedente, en la primera mitad de los años 70 algunos sociólogos cubanos egresados de

FLACSO, Chile, conocen de su existencia. El retraso en su entrada a la filosofía y la sociología en Cuba se explica por el paradigma del marxismo soviético, desde la expansión de la enseñanza del marxismo a toda la educación superior en la segunda mitad de los años 70 hasta los 90.

La autorreflexión que se verifica en el ámbito de las ciencias sociales cubanas, avanzada la década de los 80, se encuentra influenciada por este tipo de marxismo; de ahí que las temáticas de debate sigan la línea de muchas de las publicaciones de la ex Unión Soviética, de amplia difusión en el país.<sup>15</sup> Esta es la tendencia mayoritaria, aunque no única.

En 1990, se abre la carrera de Sociología y en ella, a través de las asignaturas Teoría sociológica y Sociología de la cultura, se incluye la obra de Pierre Bourdieu. Los primeros trabajos de investigación que utilizan los conceptos del pensador francés se dedican al estudio del campo intelectual o de las artes plásticas, en sentido estricto. Todos se comprometen a historiar momentos precisos de estos campos antes del triunfo de la Revolución o posterior a 1959. En el primer caso, el trabajo de Jorge A. Núñez Vega «Apocalípticos e integrados, en torno a la decadencia cubana», las categorías de campo, habitus y autonomía, se aplican al estudio del pensamiento cubano de alrededor de 1923, que condensa un proyecto de cambios para la sociedad cubana. A partir de 1925, surge una vanguardia intelectual militante que produce una ruptura radial con el proyecto anterior. El autor utiliza la concepción de Bourdieu para evidenciar la correlación de fuerzas en el campo intelectual de la época y revelar no solo la discontinuidad, sino la continuidad y el consenso en ese espacio social.

El trabajo de Héctor Veitía, «El pensamiento hereje: institucionalización y crisis», se dedica a incursionar en el campo intelectual de la década de los 60 con el objetivo de ubicar las diferentes corrientes de la época y su relación con la dirección política. La intención es historiar el surgimiento, desarrollo y fin de una de las revistas más importantes de las ciencias sociales cubanas: *Pensamiento Crítico* y el grupo de profesores nucleados alrededor de esta. Empleando las categorías de Bourdieu, describe la correlación de fuerzas en el campo de las ciencias sociales y, en una aplicación muy original del concepto de heteronomía, habla de una «doble heteronomía» respecto a la producción intelectual: la de las instancias políticas nacionales —en un país sumido en un proceso revolucionario—, y la influencia de la política de los Estados Unidos hacia Cuba, lo cual nos llevaría a pensar en la geopolítica de la producción intelectual.

Alejandro Campos<sup>16</sup> investiga los antecedentes de la institucionalización de las artes plásticas y el funcionamiento de ese campo desde 1976 hasta la segunda mitad de los

años 80. El período escogido permite también una reflexión de contrastes, rupturas y continuidades en el campo de las artes plásticas. Se describe la heteronomía política para mostrar las diferencias en la autonomía relativa del campo de las artes plásticas a finales de los años 70 e inicios de los 80, así como los cambios en la legitimidad del capital simbólico de los agentes comprometidos en ese espacio social.

Siguiendo esta línea de análisis, en «Mercado de arte en Cuba en la década de los 80», Mabel Llevat Soy también describe el campo de las artes plásticas y las relaciones de autonomía relativa o de heteronomía (política) para entender la influencia del mercado en la producción y la consagración artística en esa década.

A partir de la investigación realizada por los graduados de Sociología Boris Nerey y Nivia Brismat sobre el suplemento cultural del periódico Revolución en los tres primeros años del proceso revolucionario cubano,<sup>17</sup> los autores utilizan las categorías de Bourdieu para estudiar el campo literario de esos momentos, la correlación de fuerzas internas y el proceso mediante el cual la heteronomía es una demanda de los propios agentes para hacer valer la legitimidad del capital simbólico. Resulta una aguda visión del momento en que se están definiendo las nuevas legitimidades como correlato de los cambios radicales de los primeros años de la Revolución cubana.

En el prólogo a la edición de Sociología y cultura, Néstor García Canclini señalaba el desajuste que podía producirse si se aplicaba la concepción de Bourdieu a realidades tan diferentes a las europeas como las latinoamericanas, tan poco «modernas» en el sentido clásico, donde las estructuras sociales están menos enmarcadas, las fronteras más diluidas, el mercado simbólico menos unificado y la convivencia multicultural dificulta conformar conceptos que den cuenta de espacios sociales más o menos homogéneos y autónomos. Sin embargo, los ejemplos que comenta,<sup>18</sup> de aplicación de los conceptos de Pierre Bourdieu por sociólogos latinoamericanos, refuerzan más bien la utilidad del enfoque. Los resultados de esas investigaciones plantean, por contraste, las similitudes y diferencias con los procesos de la sociedad francesa descrita por Bourdieu. ¿No es precisamente esa la fertilidad de un esquema conceptual?

Los jóvenes investigadores cubanos utilizaron los instrumentos de análisis de Bourdieu sin pretender llegar a las conclusiones de su autor. Al emplear el marco teórico del sociólogo francés, mostraron las especificidades de la historia y la sociedad cubanas contemporáneas con la capacidad inventiva de asimilar y apropiarse de los mejores aportes de la sociología actual. Esta tendencia al cosmopolitismo es, en definitiva, el signo de la mejor tradición de la intelectualidad cubana.

## Notas

1. En los primeros meses del año 2000, asistí a un seminario que Bourdieu impartió en el Colegio de Francia. Escuchándole en vivo, constaté la lucidez de un pensamiento muy elaborado y maduro, que solo es posible hallar en los grandes maestros. En la sesión final tuve la osadía de entregarle este mismo artículo. El Maestro lo leyó en español, y en breve tiempo recibí una cálida nota de agradecimiento. Pierre Bourdieu supo antes de morir que su obra ya se conocía en Cuba. Ese hecho resultó una agradable sorpresa para el sociólogo francés.
2. «La main gauche et la main droite de l'Etat», Contre-feux, Editions Liber-Raisons d'AGIR, París, 1998.
3. *Ibidem*, p. 15.
4. *Ibidem*, p. 16.
5. *Liberation*, París, 16 de febrero de 1999, p. 27.
6. Pierre Bourdieu, *Cosas dichas*, Gedisa, Barcelona, 1988, pp. 26, 27.
7. *Ibidem*, p. 36.
8. George Ritzer, *Teoría sociológica contemporánea*, 3ª ed., McGraw Hill/Interamericana de España, Madrid, 1996, pp. 500-1.
9. Pierre Bourdieu, *Cosas dichas*, ob. cit., p. 23.
10. Pierre Bourdieu, «Algunas propiedades de los campos», *Sociología y cultura*, Grijalbo, México DF, 1991, pp. 137-8.
11. Pierre Bourdieu, *Cosas dichas*, cit., p. 58.
12. Véase Alejandro Campos García, «Viaje a la semilla: institucionalización del campo de las artes plásticas en Cuba 1976-1986», Trabajo de diploma, Departamento de Sociología, Universidad de La Habana, 1997, pp. 83-116.
13. *Criterios*, nn. 25-28, Casa de las Américas-UNEAC, La Habana, enero de 1989-diciembre de 1990. (Tomado de la revista *Lendenmains*, n. 36, París, 1985).
14. Véase Pierre Bourdieu, «Elementos de una teoría sociológica de la percepción artística», en A. Silberman et al., *Sociología del arte, Nueva Visión*, Buenos Aires, 1971; y Pierre Bourdieu, «Campo intelectual y proyecto creador», en Jean Poullon, comp., *Problemas del posestructuralismo*, Siglo XXI Editores, México DF, 1967.
15. Temáticas como la burocratización, los problemas de gestión económica y de la propiedad socialista, la función de los medios de comunicación, la visión de la crítica y el debate públicos como mecanismo de autorregulación social, etcétera.
16. Alejandro Campos García, ob. cit.
17. Boris Nerey Obregón y Nivia María Brismat, «El proyecto intelectual de Lunes de Revolución. La historia interminable», Trabajo de diploma, Departamento de Sociología, Universidad de La Habana, 1995.
18. Canclini se refiere a los estudios del sociólogo brasileño Sergio Micele y a los investigadores argentinos Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano. Véase «Prólogo», en Pierre Bourdieu, *Sociología y cultura*, ob. cit., pp. 30, 31, 46 y 47.